

“Los Nivaçle levantaron la Argentina”: memorias de la sobreexplotación de la fuerza de trabajo indígena

Joice Barbosa Becerra¹

Introducción

La historia de la clase trabajadora en la Argentina suele contar poco sobre la participación de los pueblos indígenas. Se habla de inmigración transatlántica, de levantamientos obreros, de fábricas y sindicatos en el marco de una historia blanqueada. Poco se dice de los cuerpos indígenas que sostuvieron –y sostienen–, con su fuerza de trabajo buena parte del desarrollo productivo del país.



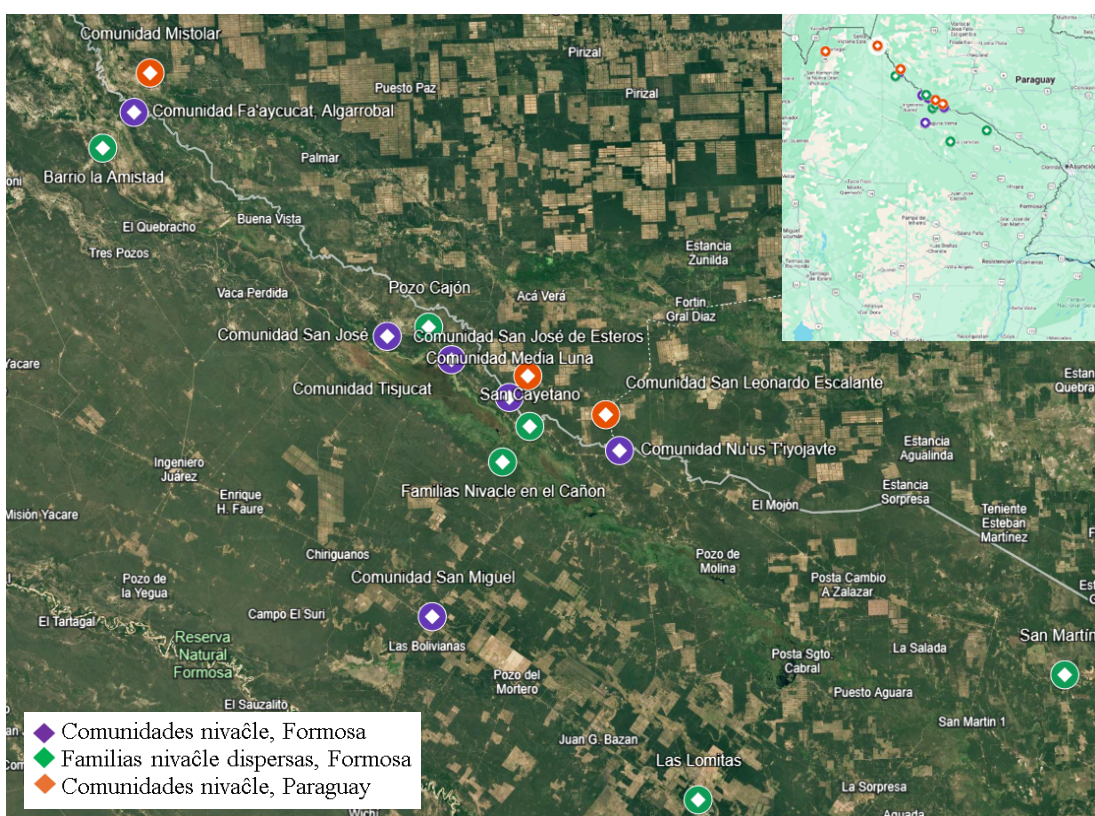
En el norte argentino, el pueblo Nivaçle fue incorporado de manera violenta a los circuitos productivos, especialmente en los ingenios azucareros, algodonerías y obreros. En principio no se trató de una inclusión voluntaria, sino de un proceso marcado por el despojo territorial, la persecución militar y la “necesidad de brazos” para la expansión agroindustrial.

En este texto se recuperan memorias nivaçle sobre el trabajo para mostrar algo que muchas veces queda oculto: que los pueblos indígenas no son solo sujetos culturales,

¹ Doctoranda de Antropología Social, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (FILO-UBA). Integrante del Grupo de Investigación y Desarrollo (GID) en Violencia Estructural, Espacios y Sujetos Sociales, Universidad Nacional Tres de Febrero (UNTREF). El presente trabajo se enmarca en el proyecto “Violencia estructural, espacios y sujetos sociales: abordajes teóricos y aplicados desde un enfoque interdisciplinario y multisituado” de UNTREF. Correo electrónico: joicebarbosa@gmail.com
Imagen de portada: Ladrillera artesanal, comunidad San José. Foto: Joice Barbosa Becerra

sino también sujetos históricos que han participado activamente en la construcción de la nación. Trabajadores y trabajadoras, cuya historia está profundamente ligada a la explotación, pero también a la resistencia.

Pensar esta historia también pone en discusión una cuestión clave en la Argentina, que la explotación del trabajo estuvo profundamente atravesada por la racialización. No todos los trabajadores fueron incorporados en las mismas condiciones. Para los pueblos indígenas, su incorporación al sistema del capital formó parte del genocidio perpetrado por el Estado nacional no reconocido en la historia oficial y persistente en las formas actuales de desigualdad y violencia estructural.



Mapa 1. Distribución comunidades nivaçle en la provincia de Formosa, Argentina.
Elaboración propia a partir de la localización en Google Earth

Este trabajo se enmarca en la investigación doctoral denominada "Las gentes del Pilcomayo: memorias de movilidad y asentamiento del pueblo Nivaçle en territorios de emergencia, provincia de Formosa". La estrategia metodológica adoptó un enfoque cualitativo de aproximación etnográfica, en diálogo con la Investigación Acción Participativa. Este trabajo se llevó a cabo entre 2015 y 2023 con comunidades nivaçle de la región del Pilcomayo, particularmente en San José (Río Muerto), *Fa'ayucut* (cerca de El Potrillo), *Nu'us T'iyôjavate* (Lamadrid), San Miguel (Laguna Yema), *Tisjucat* (Gudalcázar) y otras localidades en la provincia de Formosa (Argentina), y la

comunidad San José de Esteros en el departamento de Boquerón (Paraguay) (ver Mapa 1 y 2).



Mapa 2. Localización del área de estudio: provincia de Formosa, Argentina.

Los Nivaçle del Gran Chaco: movilidad territorial y vida comunal

El pueblo nivaçle habita históricamente la región del Gran Chaco, especialmente en la zona del río Pilcomayo, en la frontera entre Argentina y Paraguay. En la actualidad, la mayor parte de sus comunidades se encuentran asentadas en el Chaco paraguayo, en Argentina se encuentran en el noreste de Salta y el noroeste de Formosa.

Pero para entender la historia del trabajo nivaçle, primero hay que entender algo fundamental: su territorialidad no es fija ni estática. Como dicen en sus memorias, "los nivaçle se desparraman". Esta expresión se refiere a una forma particular de habitar el espacio basada en la movilidad, el parentesco y el uso compartido del territorio.



Movilidad y trabajo nivaçle. Foto1: Cortesía Sergio Medina; Foto 2: Cortesía Eulogio Corvalán; Foto 3. Joice Barbosa Becerra

Antes de la colonización, los nivaçle "no tenían paradero", es decir que no vivían concentrados en un solo lugar, o no tenían una residencia fija. Se desplazaban según las estaciones, las lluvias, la disponibilidad de alimentos y las relaciones entre grupos familiares. El río Pilcomayo, el monte, las lagunas y los bañados formaban parte de un amplio territorio, recorrido y conocido.

En este contexto, el trabajo no estaba separado de las otras actividades de reproducción de la vida colectiva. La caza, la pesca, la recolección, la siembra y el cuidado del territorio eran prácticas organizadas en torno a lo que en el idioma nivaçle se conoce como *ni natshaai*, que podría traducirse como "trabajo comunal", un trabajo que no se puede vender ni comprar.

Las memorias nivaçle que evocan el tiempo en el que se vivía bajo esta forma de organización del trabajo, recuerdan que el alimento se acumulaba en una troja y se compartía. Lo que una persona o un grupo conseguían se distribuía entre todos. Sebastián Salazar explicaba el carácter comunal del *ni natshaai*: "antes eran cinco, seis expertos de la caza, la pesca, cinco o seis se van al río y traen al pueblo y la señora del hombre que trae el pez le reparte a toda la aldea y el otro le reparte para dos o uno

para su caldo. Toda la aldea, así era...las viudas también le dan. Así era el compartir de nuestros abuelos" (comunidad San José de Esteros, 2019). No se trataba solo de una forma de organización económica sino de un modo de relación social.

Desde miradas coloniales se ha querido instalar la idea de que este modo de organización social implica ausencia de trabajo. Por el contrario, se trata de otra forma de producir y sostener la vida.

La imagen del indígena "que no es productivo" "que no trabaja" es una construcción funcional a su posterior sometimiento. Porque para poder imponer un nuevo sistema económico: el capitalismo, basado en la subsunción de la vida al capital, primero fue necesario desvalorizar y deslegitimar las formas de vida preexistentes. No se trató solo de incorporar mano de obra, sino de reorganizar territorios y relaciones sociales.

Con el avance militar y la ocupación del territorio tras las campañas militares (1880-1940)², comenzó a imponerse otra lógica: la del *tashaai*, que significa "trabajo remunerado". A diferencia del *ni natshaai*, este tipo de trabajo implicaba la venta de la fuerza de trabajo a cambio de un salario, muchas veces en condiciones de coerción.

Sin embargo, esta transformación de la organización social del trabajo nivaçle no fue total ni inmediata. Durante mucho tiempo –y hasta hoy– ambas formas coexistieron. El trabajo comunal no desapareció, pero fue restringido por la pérdida de territorios, la disminución de recursos naturales y la imposición de nuevas formas de organización del territorio.

El trabajo en los ingenios: violencia, disciplinamiento y desplazamiento forzado

La incorporación de los nivaçle al trabajo asalariado estuvo marcada por la violencia. Mientras avanzaban las campañas militares en el Gran Chaco, no solo se buscaba controlar el territorio: también se necesitaban trabajadores.

En ese mismo movimiento, se desplegó una doble lógica. Por un lado, la persecución, las matanzas y el despojo. Por otro, la demanda creciente de mano de obra para los ingenios azucareros, los obrajes, las algodonerías y otras explotaciones agrícolas. *Tostoaque* Margarita Areco lo recuerda así:

² El proceso de militarización del Chaco abarca el período comprendido entre la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay (1860) y la vigilancia y patrullaje que ejerció la Gendarmería en la "última frontera", luego de la disolución del Regimiento de Gendarmería de Línea (1938). Sin embargo, la violencia institucional se extendió más allá de la disolución del Regimiento de Gendarmería de Línea, el caso más conocido es la masacre de Rincón Bomba en 1947, provincia de Formosa.

Que no viva la gente [nivaçle] de balde, dice. De balde el indígena porque no sabe nada, no sabe trabajar la tierra, así dice, yo escuchaba antes. Así que querían terminar todo. Quería terminar a todos los indígenas que no saben trabajar. Quiere quitar la tierra el blanco. Vivir acá todo. Por eso mezquina la gente [nivaçle] antes la tierra. Por eso es que la gente [nivaçle] está peleando por la tierra. Eso contaba papá antes (comunidad La Media Luna 2016).



"Indios de un ingenio en Tucumán". Imagen: Colección Archivo General de la Nación, Inventario 323126.

En estas palabras se condensa una idea central: la acusación de que los indígenas "no saben trabajar" fue utilizada para justificar tanto el despojo como su incorporación forzada al trabajo. Primero se desvaloriza su forma de vida; para después imponer otra. Los ingenios azucareros instalados en los márgenes del Chaco, entonces considerado un territorio "inexplorado", requirieron desplazar población indígena fuera de sus territorios de movilidad histórica, a diferencia de otros enclaves, como obrajes y algodonerías, que se establecieron dentro de los Territorios Nacionales del Chaco y Formosa (Bossert y Córdoba, 2015)³. Los informes públicos emitidos por el

³ Las plantaciones de caña en el norte argentino existen desde el siglo XVII, pero el uso sistemático de mano de obra indígena se consolidó hacia fines del siglo XVIII. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, con la modernización de los ingenios en Salta y Jujuy, creció fuertemente la demanda de trabajadores, transformando estos espacios en verdaderas fábricas. Ingenios como Ledesma (1876), La Esperanza (1884), La Mendieta (1892) y San Martín del Tabacal (1920) concentraron población indígena proveniente del Chaco, especialmente de las zonas cercanas a los ríos Bermejo y Pilcomayo.

Departamento Nacional del Trabajo (DNT, 1907-1921)⁴ sobre los obreros indígenas en los ingenios destacaban que, salvo excepciones, estos no acudían "espontáneamente", sino que era necesario ir a buscarlos a sus "inestables aldeas" (Zavalía, 1915). En un primer momento, el reclutamiento estuvo a cargo de los llamados "sacadores" o "cazadores de indios" que se internaban en el Chaco y mediante incentivos económicos y en especie (pagos anticipados, provisiones, mercaderías, entre otros), conseguían trabajadores (Gordillo, 2010). Desde la década de 1910, los propios ingenios organizaron comisiones anuales custodiadas por fuerzas militares, incluso de manera conjunta, como la Esperanza y Ledesma, para abaratar los costos de los traslados (Niklison, 1917).

Aunque estos desplazamientos implicaban un gasto, la mano de obra del indígena del Chaco era la más barata, no solo porque el jornal era menor que el del obrero no indígena, sino también porque no requería vivienda (el indígena de Chaco armaba su choza de paja tal como lo hacía en su territorio tradicional) y porque, al estar destinado al trabajo estacional en la zafra, el ingenio se ahorraba el costo de la reproducción de su fuerza de trabajo durante el tiempo que no trabajaban allí (Iñigo Carrera, 2010). Al mismo tiempo, se destacaba que habían fracasado los intentos de reemplazar la mano de obra indígena con trabajadores de otra procedencia para las tareas vinculadas al surco (cortar, pelar y acarrear la caña, desmontar, hachar leña y construir cercos), en gran medida porque los indígenas del Chaco soportaban mejor las altas temperaturas y el arduo trabajo de la cosecha.

Hindúes, japoneses, españoles, italianos y turcos han pasado por los cañaverales sin lograr siquiera aproximarse a la habilidad, destreza y eficacia indígenas (...). Mientras los matacos, los tobas, chorotes y chunupies [Nivaçle] no se resistan a concurrir a los ingenios o el gobierno nacional no prohíba o dificulte su reclutamiento en los territorios del Chaco y Formosa, se les buscará siempre como hasta ahora, pues cualquiera sea el gasto que su asistencia al trabajo represente para las empresas, lo compensan ampliamente (Niklison, 1917, p.72).

⁴ Estos informes se encuentran consignados en los Boletines del Departamento Nacional del Trabajo (1907-1921). Son amplias descripciones sobre el trabajo de los obreros indígenas en los ingenios, que cuentan con revisiones de los libros de la administración, observaciones y anotaciones de entrevistas con caciques, militares y representantes de los ingenios. El primer informe de estas características fue el realizado por Biale Massé, en 1904, citado anteriormente en una nota al pie. Luego de creado el Departamento Nacional del Trabajo se realizaron otros informes relevantes como el de Vedia (1913), Vidal (1914), en el ingenio Ledesma; Zavalía (1915), en el ingenio La Esperanza; Niklison (1916), que además de informar sobre el trabajo de los indígenas en los ingenios de Jujuy, realizó inspecciones en los enclaves productivos de Formosa y Chaco (ingenios, algodonales y obrajes).

La discriminación salarial aplicada por las empresas azucareras se sostenía en una segmentación jerárquica de la fuerza de trabajo según criterios étnicos, que colocaba a los indígenas del Chaco "en lo más bajo de la escala en términos de salarios y condiciones laborales" (Gordillo, 2006, p.29).

Así, la explotación económica se basó en un proceso de racialización que reforzaba las jerarquías étnicas dentro y fuera del ingenio. En este contexto, el trabajo funcionó como una forma de disciplinamiento. No aceptar las condiciones impuestas implicaba exponerse a la persecución o directamente a la muerte. Como registran documentos de la época, quienes no se sometían eran perseguidos y no se les permitía "vivir tranquilos" (Memorias militares, 1885).

La administración diferencial de la vida se sostuvo sobre la producción sistemática de poblaciones racializadas como prescindibles, articulando explotación extrema del trabajo, despojo territorial y exposición permanente a la muerte. Los documentos de la época lo evidencian con claridad: Niklison (1917) advirtió que los indígenas se encontraban "muy sanos en el Chaco", pero que "en los lugares a que aportan periódicamente su concurso de trabajo, mueren a montones" (p.39).

Reconocer esto implica también discutir cómo se construyó esa historia. Porque no fue solo una historia de crecimiento agroindustrial, sino también de explotación y desigualdad. Y en ese proceso, la relación entre clase y raza fue central: no todos los trabajadores fueron incorporados de la misma manera ni en las mismas condiciones. Las memorias nivaêles describen un escenario de la vida cotidiana en permanente riesgo, incluso luego de haberse sometido. Compartimos un relato de Natalia Martínez:

Ella (la madre de Natalia) nos contaba que cuando era más chica, que no tenía hija, ella dice que fue a un pueblo caminando, al ingenio iun pueblo grande! Dice que iban caminando mucho (...). Acá paraba hace mucho el tren y si hubiera ido mi abuela en ese tren también la hubieran quemado pues... pero ella pasó por el otro lado por Juárez ahí por Guadalcázar, Río Muerto para allá y la otra gente dice que se vino en un tren para acá (Laguna Yema), entonces paraban aquí un rato. Se han ido por acá para El Quemado ahí dicen que le han quemado mucho. Por eso le dicen así (comunidad San Miguel, 2015).

A pesar de la violencia, el despojo y la explotación, el pueblo nivaçle resistió y se reorganizó, sostuvieron vínculos, saberes y formas de vida. En sus memorias, esta historia no aparece solo como sufrimiento, sino también como lucha por la tierra, por la vida y por la continuidad como pueblo. En ese sentido, los nivaçle no son solo víctimas sino que se asumen sujetos históricos. Y es desde ese lugar que también puede leerse una afirmación que recorre estas memorias y que hoy cobra nuevos sentidos: "los Nivaçle levantaron la Argentina".

Del ingenio al presente: continuidad de las violencias

Las memorias nivaçle muestran que las condiciones que marcaron esa incorporación al trabajo no han desaparecido. La explotación en los ingenios no fue un momento aislado, continúa bajo otras formas que hoy denominamos "violencia estructural" (Galtung, 2016).

En el oeste de Formosa, las comunidades nivaçle siguen organizando su vida en condiciones de precariedad. La sustracción de su trabajo persiste bajo otras formas: changas, trabajos temporarios, tareas mal remuneradas, sin estabilidad ni garantías.

Como explican las comunidades, estas formas de trabajo aparecen muchas veces como única alternativa frente a la falta de acceso a alimentos y territorio: En palabras de Tito González: "A veces me fui al monte para buscar algo para comer... A veces no hay. Hay días que no hay para comer" (comunidad Media Luna, 2015).

Aquí, el trabajo y la movilidad vuelven a aparecer, pero no como elección ni como parte de un ciclo propio, sino como respuesta a la escasez. Con la degradación ambiental producto de la desecación del cauce del río Pilcomayo y el impacto de la ganadería, la movilidad en búsqueda de fuentes de trabajo se vuelve, nuevamente como en el pasado, una imposición.

Al mismo tiempo, las prácticas del *ni natshaai* no desaparecieron. La búsqueda de alimento, la pesca, la recolección, el trabajo comunitario y el compartir siguen presentes, aunque cada vez más limitadas. Como dicen Florinda Servín y Guillermo López, "no vamos a dejar la costumbre de nosotros". Sin embargo, esa continuidad se da en condiciones profundamente distintas: con territorios reducidos, con la necesidad de pedir permiso para ingresar a otros campos, con menos recursos disponibles.



Cargando leña en el territorio Nivaçle. Foto: Joice Barbosa Becerra

Más allá de la persistente explotación económica, la continuidad de la violencia hacia los pueblos indígenas se expresa de múltiples maneras, porque aunque los Nivaçle fueron incorporados como trabajadores y aportaron con su fuerza de trabajo al desarrollo productivo del país, ese mismo Estado que los necesitó ha negado sistemáticamente su reconocimiento pleno como un pueblo preexistente, con derechos sobre sus territorios y respeto a sus formas de vida.

La frase que emerge en las comunidades: "nuestro terreno es chiquito", no es solo una descripción, sino una síntesis de ese proceso. El acceso a la tierra se ha reducido, la movilidad se encuentra restringida y las condiciones para sostener la vida colectiva se han deteriorado.

A esto se suman formas actuales de control y vigilancia. El territorio sigue siendo regulado por las fuerzas estatales. Como señala Sebastián Salazar: "Cuando queremos buscar pez tenemos que ir allá a Argentina a escondidas porque los gendarmes son muy argeles... dicen 'el nivaçle sale por acá'" (comunidad San José, 2018). La escena es elocuente, trabajadores que deben moverse a escondidas para conseguir alimento. La relación entre trabajo, territorio y control estatal sigue presente, aunque bajo otras formas.



Referentes de las comunidades Nivaële de Formosa, San José, 2023. Foto: cortesía Pablo Chianetta

En este contexto, la precarización del trabajo no puede separarse del despojo territorial ni de la negación de derechos. Las changas, los trabajos mal pagos, la dependencia de programas sociales, no son simplemente "falta de empleo": son parte de una larga historia de subordinación.

Consideraciones finales

Recuperar las memorias del trabajo nivaële permite poner en cuestión una idea muy extendida: que los pueblos indígenas estuvieron al margen del desarrollo del país. Lejos de eso, fueron parte central de ese proceso, aunque en condiciones de profunda desigualdad.

Pensar esta historia es también reconocer que la explotación del trabajo en la Argentina no puede entenderse sin considerar la relación entre clase y raza. La incorporación de los pueblos indígenas al sistema productivo estuvo atravesada por formas específicas de violencia, despojo y subordinación que no afectaron a todos por igual.

Pero también es reconocer algo más, que, a pesar de todo, el pueblo Nivaële y sus comunidades han sostenido la vida y el territorio y sus formas de organización.

Por eso, afirmar que "los Nivaçle levantaron la Argentina" no es solo una consigna. Es una forma de nombrarse como sujetos históricos frente a la invisibilización en la historia oficial, y también una interpelación a reconocer como sociedad a quienes, con su trabajo, hicieron también posible este país.

Referencias Bibliográficas

- Bossert, F., & Córdoba, L. I. (2015). El trabajo indígena en economías de enclave: Una visión comparativa (barracas caucheras e ingenios azucareros, siglos XIX y XX). En L. I. Córdoba, F. Bossert, & N. Richard (Eds.), *Capitalismo en las selvas: Enclaves industriales en el Chaco y Amazonía indígenas (1850–1950)* (pp. 111–128). Ediciones del Desierto.
- Galtung, J. (2016). La violencia: Cultural, estructural y directa. *Cuadernos de Estrategia*, 183, 147–168.
 - Gordillo, G. (2006). *En el Gran Chaco: Antropologías e historias*. Prometeo.
 - Gordillo, G. (2010). *Lugares de diablos: Tensiones del espacio y la memoria*. Prometeo.
- Iñigo Carrera, N. (2010). *Génesis, formación y crisis del capitalismo en el Chaco, 1870–1970*. UNSA (Universidad Nacional de Salta).
- Ministerio de Guerra y Marina. (1885). *Memoria presentada al Congreso Nacional en 1885*. Buenos Aires. Consultado en el Repositorio Digital de la Academia Nacional de la Historia (Argentina).
- Niklison, J.E. (1917). Investigación sobre los indios maticos trabajadores. *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, 35, diciembre de 1917. Departamento Nacional del Trabajo, Buenos Aires, Argentina.
- Zavalía, R. (1915). Informe sobre las condiciones de trabajo de los indígenas en los ingenios azucareros. *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, 31, 30 de junio de 1915. Editorial y lugar institucional: Departamento Nacional del Trabajo, Buenos Aires, Argentina.

Materiales recomendados

- [Boletines del Departamento Nacional del Trabajo \(1907-1921\)](#).
 - [La movilidad ancestral nivaçle en Argentina y Paraguay](#)